



DON IGNACIO MARTÍNEZ

Este insurgente hizo una rapidísima y rara carrera que en breves líneas vamos a reseñar.

Fué originario de Querétaro, donde nació, según declaró él mismo, el año de 1794 é ingresó á la revolución en 1810, cuando acababa de cumplir diez y seis años; la causa de que en tan temprana edad diese ese paso, no fué únicamente el entusiasmo por la causa nacional, sino más bien el influjo decisivo que sobre él ejercía Don Ignacio López Rayón, á expensas de quien parece que vivía, y que estaba casado con una hermana de dicho Martínez. Esta fué la causa determinante de su rápida carrera, pues no consta que adquiriese sus grados en los campos de batalla, como otros muchos.

Hizo con su cuñado ó hermano político, como se dice ahora, toda la campaña desde Aculco hasta Guadalajara y el Saltillo, y estuvo en la retirada á Zacatecas donde se encargó de la intendencia del ejército, cargo que no volvió ya á abandonar, pues ya sea porque tuviese aptitudes para ello, ya porque á Rayón le conviniese tenerlo en aquél puesto, es lo cierto que lo conservó en ese ramo y lo hizo visitador. Sin embargo, le dió grado militar, y ya en la reunión habida para instalar la Junta de Zitácuaro, figura con el carácter de Mariscal; era indudablemente el militar de alta graduación más joven que figuraba en el ejército independiente, pues ni Morelos dió ese grado á su hijo, Don Juan Almonte.

Con el título de Visitador, bastante quehacer dió á todos los insurgentes, sin excluir al mismo Morelos, pues enviado por la Junta en Diciembre de 1811 á Tasco, quería atribuirse la gloria de la ocupación de ese punto, la que pertenecía á Galeana, y apoderarse del botín capturado, del que ya había disipado trescientas cargas; hubo necesidad de que Morelos se presentase en persona en Taxco para cortar discusiones, y que con cajas destempladas enviase á Martínez á Tlalchapa, á donde se había refugiado la Junta. No por eso escarmenaron ni Rayón ni su Visitador, el que después de haber tenido enojosas discusiones con Don Mariano Ortiz y otros Jefes de Sultepec, fué enviado á Zacatlán á reclamar á Osorno la parte del botín que correspondía á Rayón, del botín quitado en Pachuca á los realistas por Beristáin; Osorno lo trató muy mal, pero le entregó diez y seis barras de plata, y además, Martínez consiguió interceptar en el camino algunos efectos con los que se presentó en Tlalpujahua. Todavía acompañó á su cuñado en la expedición que hizo á Huichapam para sondear á los Villagrán; quiso allí como en todas partes, exigir cuentas, pero fué enviado á noramala por Francisco de aquél apellido, el que lo tuvo preso; acaso lo hubiera fusilado, como dice el diario del Secretario de Rayón, si no hubiera encomendado su salvación á la fuga, "valiéndose de la embriaguez y excesos en que aquellos hombres perversos estaban sepultados."

En Tehuacán (Noviembre de 1812), tuvo sus diferencias con Matamoros, en realidad, porque no quería entregar las barras de plata que de lo de Pachuca correspondían á Morelos, y su conducta dió motivo á una larga correspondencia: mientras Rayón decía de su Visitador que era "de genio activo y eficaz y muy á propósito para obligar á los subalternos á que guardasen la debida subordinación." Morelos por su parte, decía de él: "No hay duda que si el carácter de este sujeto, más propiamente llamado y generalmente reconocido por orgulloso, venal, díscolo y arrogante, no fuese igualmente tan criminal, pudiéramos esperar á lo menos el que cumpliera á los

insubordinados é indolentes, á cumplir con su deber. Pero como todas estas nulidades concurren en él en tan alto grado, de suerte que le han concitado el odio general de todos, yo por mi parte aseguro á V. E., con toda la sinceridad de que soy capaz, que para mí y para cuantos lo conocen ó saben de él, no hay hombre más detestable ni puedo menos que sorprenderme, al ver su credencial." Ante esta declaración tan perentoria seguida de otras en las que Morelos no disimulaba su disgusto. Rayón hubo de llamar á su cuñado, el que por entonces dejó el Oriente y fué al Occidente, donde no había muchas cuentas que tomar á los guerrilleros del rumbo.

Sin embargo, no desistió de su idea y lo llevó al Congreso de Chilpancingo con el carácter de acompañante, pero como allí no se manejaban fondos, no tuvo ocasión Martínez de indisponerse con nadie; no obstante, el Congreso utilizó sus servicios que no fueron grandes, y cuando Rayón pasó á encargarse del mando de Oaxaca en 1814, llevó á su cuñado y allí acreditó su incompetencia, pues dejó que se dilapidasen los fondos y efectos del ejército insurgente que eran valiosos; por algún tiempo la historia no se ocupa de Martínez, por lo que se ignora si siguió en el Oriente ó volvió al Sur, y lo único que consta después, es que todos los insurgentes se quejaban de él y que en Uruapam fué nombrado (Diciembre de 1814), Intendente General por lo que, de acuerdo con la Constitución de Apatzingán, debía tener á su cargo casi toda la administración de la hacienda pública, pero fueron tantos los abusos que cometió, que el mismo Congreso se vió obligado á suspenderlo en su empleo, y para solicitar su reposición fué á Tehuacán cuando el Congreso llegó allí. Ayudó entre tanto á la expulsión de los frailes carmelitas, medida que disgustó á Terán, y protegido por Alas, consiguió verse repuesto en su cargo de Intendente, con lo que lleno de soberbia se presentó en las oficinas recaudadoras á exigir cuentas, y á remover empleados, todo esto con el trato duro y brusco que le era genial. Terán, queriéndose mostrar conciliador aún, se quejó al Congreso, Martínez entonces á

su vez acusó á Terán y á sus empleados, de ocultar los fondos; origináronse contestaciones y este incidente no fué de los que menos influyeron en la resolución que tomó aquel jefe de disolver el Congreso.

Martínez tuvo que tomar una vez más el camino de Michoacán donde llevó una existencia obscura, siguiendo la mala fortuna que ya no se separaba de Rayón. Cayó prisionero con éste y lo acompañó en la prisión, sin que en sus declaraciones comprometiese en nada al que todo se lo debía. Cuando se sobreseyeron todas las causas, quedó en absoluta libertad, y parece que en nada contribuyó á la revolución de Iturbide; la Junta de recompensas le reconoció sus servicios, le dió el grado de General de Brigada y lo recomendó al Gobierno, que lo utilizó en diferentes empleos, uno de los cuales fué el de Gobernador del Distrito Federal en 1837. Por sus groseros modales y desagradable fisonomía, se le conocía con el apodo de "El macaco," pues se dice que se asemejaba á los monos de esa clase. Falleció, según referencias, en Toluca.
